

## UN EJEMPLO DE TEATRO REVOLUCIONARIO EN LA ESPAÑA NAPOLEÓNICA

GUILLERMO CARNERO  
Universidad de Alicante

Es sabido que la Revolución Francesa de 1789 produjo una abundante cosecha de obras dramáticas de contenido ideológico y propagandístico; en su monografía de hace un siglo, Henri Welschinger declaraba haber manejado un millar de ellas<sup>1</sup>. Aunque en la España contemporánea de los acontecimientos franceses el contexto y las circunstancias son muy diferentes, la época de la guerra de la Independencia ofrecía un caldo de cultivo favorable a la aparición de una literatura de compromiso y alegato político: vacío de poder acusado por la desarticulación de las estructuras del Estado, fenómenos del liberalismo y el afrancesamiento, ocupación del país por un ejército extranjero. La producción dramática española surgida al calor de estos hechos parece haber sido notoriamente reducida, y limitada en su inmensa mayoría a exaltar la conciencia patriótica antifrancesa (ridiculización de las cabezas visibles del «gobierno intruso», celebración de las principales victorias de las armas españolas o de esfuerzos heroicos de resistencia a la ocupación) y, en algunos casos, a dirimir el pleito entre serviles y constitucionales, al mismo tiempo que los escenarios seguían acogiendo el repertorio habitual de finales del XVIII y comienzos del XIX, y se ponía especial énfasis en obras de tema histórico nacional sus-

---

<sup>1</sup> H. Welschinger, *Le théâtre de la Révolution, 1789-1799*, París, 1880, facs. Ginebra, Slatkine, 1968. Es muy útil la antología de Louis Moland, *Théâtre de la Révolution...*, París, Garnier, 1877.

ceptibles de recibir un nuevo significado ante los acontecimientos del momento <sup>2</sup>.

Debe destacarse el hecho de que, dentro de ese panorama, brilla por su ausencia el teatro de signo revolucionario radical que tan abundantemente se dio en el país vecino, y que en el nuestro hubiera podido proceder tanto de los núcleos liberales como de los afrancesados <sup>3</sup>.

Por ello resulta especialmente interesante una obra manuscrita conservada en la Biblioteca de Palacio <sup>4</sup> y en la del Instituto del Teatro de Barcelona <sup>5</sup>. La página de título, en el primero de los ejemplares, dice:

DRAMA. / LA INQUISICION. / por Don Francisco Antonio Cabello y Mesa [...] / MADRID. / Año de MDCCCXI.

El autor declara ser coronel de caballería, caballero de la Orden Real de España, maestrante de Ronda, gobernador de las minas de Almadén y autor del *Diario Erudito* de Lima y el *Telégrafo mercantil, rural, político, económico e historiógrafo* [sic] del Río de la Plata. Además de ello, hemos de poner en su haber otro ensayo dramático, *Quánto a los jóvenes vale tener canas a su lado*,

<sup>2</sup> Véase: A. M. Freire López, *Índice bibliográfico de la colección documental del Fraile*, Madrid, Servicio Histórico Militar, 1983; J. Campos, *Teatro y sociedad en España, 1780-1820*, Madrid, Moneda y Crédito, 1969, cap. 3; M. Larraz, «Le Théâtre à Palma de Majorque pendant la Guerre d'Indépendance, 1811-1814», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, X, 1974, pp. 315-355; del mismo (ed.), *La Guerre d'Indépendance espagnole au théâtre, 1808-1814*, Université de Provence, 1987; F. Aguilar Piñal, *Cartelera prerromántica sevillana*, Madrid, CSIC, 1967, cuaderno bibliográfico 22; E. Cotarelo y Mori, *Isidoro Máiquez y el teatro de su tiempo*, Madrid, Imprenta J. Perales y Martínez, 1902, pp. 289-294, 344-365; P. Rogers, «The Peninsular War as a Source of Inspiration in the Spanish Drama of 1808-1814», *Philological Quarterly*, VIII, 1929.

<sup>3</sup> Me refiero a obras como *Le Jugement dernier des rois*, de Maréchal; *Les Potentats foudroyés par la Montagne et la Raison*, de Desbarreaux; *La Folie de Georges*, de Lebrun-Tossa; *L'Esprit des prêtres*, de Prévots-Monfort, y tantas otras. En mi artículo «Sobre *La Novicia* de José María de Carnerero. Una corrección fraterna a don Emilio Cotarelo y compañía», en prensa en el *Homenaje a Antonio Gallego Morell*, he demostrado que *La Novicia* no es traducción de *Les Victimes cloîtrées*, de Boutet de Monvel.

<sup>4</sup> Citado por F. Aguilar Piñal, *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, vol. II, Madrid, CSIC, 1983, p. 28, núm. 135 bis.

<sup>5</sup> Citado por M. C. Simón Palmer, *Manuscritos dramáticos de los siglos XVIII-XX en la biblioteca del Instituto del Teatro de Barcelona*, Madrid, CSIC, 1979, cuaderno bibliográfico 39, pp. 18-19, núm. 1.099.

impreso en 1787<sup>6</sup>. Cabello se perfila como un militar culto e ilustrado, residente por algún tiempo en las colonias americanas y que después, como tantos españoles de su tiempo, creyó que un cambio de dinastía habría de ser el mejor camino hacia la modernización progresista de España<sup>7</sup>. Fue probablemente miembro de la Masonería, a la que dedica encendidos elogios en la primera escena del Acto I; y por una nota de entre las adiciones que incorpora el manuscrito del Instituto del Teatro de Barcelona (a las que en seguida me referiré; lo indicado en 172 v. y 173 r.) sabemos que en 1813 denunció ante las autoridades francesas una supuesta conjura para poner en libertad a Fernando VII.

Por el prospecto del citado *Telégrafo*<sup>8</sup> sabemos que Cabello era natural de Extremadura. Recibió, en efecto, la Orden Real de España<sup>9</sup>: en el Archivo de Palacio, *Papeles Reservados de Fernando VII*, vol. VIII, constan varias listas de personas distinguidas con ella: dignidades eclesiásticas (vol. cit. 1 r. y v.), Grandes y títulos (2 r. a 3 v.), consejeros y togados (6 r. a 7 r.), empleados de la Real Hacienda (7 r. a 8 v.), sujetos particulares (9 r. a 20 v.), y «Lista de los Generales y más Oficiales del Ejército nombrados Caballeros de la Orden Real que estableció el Rey Intruso, con los juramentos que hicieron y firmaron» (3 v. a 6 r.): en ella aparece Cabello (4 r.), indicándose su grado de coronel y su cargo de superintendente de Almadén. A partir de 25 r. se coleccionan las minutas firmadas del juramento de recepción de la O. R. E.; la de Cabello

<sup>6</sup> *Drama histórico-trágico y político-moral. Quanto a los jóvenes vale tener canas a su lado. Tomado el argumento de Mr. de Fénelon [...] Aventuras de Telémaco...*, Madrid, J. Otero, 1787. Lo citan Palau, vol. V; Aguilar Piñal, op. y vol. cit., núm. 137; F. Lafarga, *Las traducciones españolas del teatro francés (1700-1835)*, vol. I, *Bibliografía de Impresos*, Universidad de Barcelona, 1983, p. 81, núm. 151; Ada M. Coe, *Catálogo bibliográfico y crítico de las comedias anunciadas en los periódicos de Madrid desde 1661 hasta 1819*, Baltimore, Johns Hopkins University Press; Londres, H. Milford and Oxford Univ. Press and París, Belles Lettres, 1935, p. 218.

<sup>7</sup> M. Artola, *Los afrancesados*, Madrid, Turner, 1976, pp. 59-73, «Los motivos de los afrancesados».

<sup>8</sup> Lo he consultado en la publicación citada en nota 10. Menéndez Pelayo le dedica unas páginas en *Historia de la poesía hispano-americana*, vol. II, Madrid, CSIC, 1948, pp. 324 y ss.

<sup>9</sup> Ver *Prontuario de las Leyes y Decretos del rey nuestro señor don José Napoleón I*, Madrid, Imprenta Real, 1810-1812, 3 vols.: vol. I, DD. de 20-X-1808, 18-IX-1809; vol. II, DD. de 10-VII-1810, 31-X-1810, pp. 56-57 y 349-352 de I, 181-182 y 245-246 de II. También J. Mercader Riba, *José Bonaparte, rey de España. Estructura del estado español bonapartista*, Madrid, CSIC, 1983, páginas 327-330.



en 158 r. y con el dato de haberle sido concedida por R. D. de 6 de febrero de 1810. No figura, en cambio, en el «Estado general de todos los sujetos que han seguido al Rey Intruso a Valencia...», 2 r. a 10 v. del vol. X de los mismos *Papeles Reservados*.

En cuanto al *Telégrafo*, citado por Palau (III), se encuentra en reproducción facsímil en una rarísima publicación: los vols. VI y VII de la «Colección de libros raros e inéditos sobre la Región del Río de la Plata» que publicó en 1914-1915 la Biblioteca de la Junta de Historia y Numismática Americana<sup>10</sup>. El *Telégrafo* es nada menos que el decano de los periódicos de Buenos Aires; en él usó Cabello los seudónimos de «Narciso Fellobio Cantón» y «El filósofo indiferente». El prospecto, salido de la Imprenta de Expósitos de Buenos Aires en 1800, da cuenta de los propósitos, periodicidad y precio de la publicación, traiciona la pedantería pseudo-erudita de nuestro coronel en multitud de referencias grecolatinas y bíblicas y contiene un elogio de la imprenta y de las publicaciones periódicas a la manera de Quintana. Se publicó entre el 1 de abril de 1801 y el 17 de octubre de 1802, en cinco tomos que totalizan ciento trece números. En ellos Cabello y sus colaboradores se ocuparon de los diversos sectores de la economía argentina, salud pública (epidemias, vacunaciones...), contrabando, geografía e Historia Natural, educación, vida militar, legislación comercial y noticias de Europa y América, además de atender a la crítica de libros y a la publicación de poemas y relatos breves. Tema frecuente es la Sociedad Patriótica Literaria que Cabello se propuso fundar en Buenos Aires. Entre las curiosidades del periódico destacan el epitafio, en coplas de arte mayor y fabla antigua, de Leandro Moratín para el enlace de Godoy con la infanta María Teresa (núm. 14, 16 de mayo de 1801); «El murciélago alevoso», de Fr. Diego González (núm. 20, 6 de junio), y varios poemas satíricos del propio Cabello, que en el número de 11 de julio de 1802 da cuenta del quebranto económico de la publicación, presagiando su desaparición unos meses después.

La Biblioteca Nacional de Madrid posee dos curiosas obritas de Cabello: una Gramática Francesa al uso de los españoles..., precedida por varios prólogos, uno de ellos de Juan Antonio Llorente, y un *Mosaico Gramatical en Coloquios Didascálicos... en el que*

<sup>10</sup> *Telégrafo mercantil, rural, político-económico e historiógrafo* [sic] del Río de la Plata, Buenos Aires, Cía. Sud-Americana de Billetes de Banco, 1914-1915, 2 vols.

Cabello tuvo la peregrina idea de fingir unos pulidos diálogos sobre tan ardua materia entre el autor y «sus muy dignas hermanas» doña Vicenta Casimira y doña María del Carmen. Ambas obras llevan el año 1824 en el pie de imprenta y, a pesar de figurar como impresas en Madrid, parecen destinadas a la enseñanza del español al otro lado de los Pirineos<sup>11</sup>. La fecha y circunstancias de la muerte de Cabello son, por el momento, una absoluta incógnita<sup>12</sup>.

Los dos manuscritos citados, el de la Biblioteca de Palacio (BP) y el del Instituto del Teatro de Barcelona (ITB), aun siendo de contenido muy diferente, no suponen variantes en cuanto al texto mismo de *La Inquisición*, salvo este fragmento puesto en boca de Josefa de la Peña en II, 3, 47 v. de ITB, y que falta en BP:

Sabe, en fin que es cosa claramente repugnante a la palabra de Dios y a la constitución de la Iglesia primitiva tener oración pública en la iglesia o ministrar los sacramentos en lengua no entendida del pueblo.

Faltan en ITB los siguientes textos de BP: «Extracto de la Historia de la Bororquia» (18 r. a 24 v.), «Romance de D. Bartolomé de Vargas» (25 r. y v.) y fragmento sobre reliquias y otras supersticiones (26 r. a línea primera de 27 v.). «El Autor a los Supersticiosos y Preocupados» y «Extracto del Proceso fulminado en la Inquisición de Valladolid contra la joben Burgalesa», de BP (respectivamente

<sup>11</sup> *Gramática Francesa al uso de los españoles*, por D. Francisco Antonio Evaristo de Cabello y Mesa, Brigadier General de Caballería ligera, individuo de muchas Academias y Sociedades Científicas y Literarias de España, América y Francia, etc., etc.; o por mejor decir, copia literal de la obra del mismo autor titulada *Gramática Sinóptica Francesa-Castellana*, presentada a SS.MM. y A.A. así que a S.M. Luis XVIII..., Madrid, Imprenta Tomás Albán y Cía., 1824; *Mosaico Gramatical en Coloquios Didascálicos para servir de suplemento a la Gramática Sinóptica Francesa-Castellana*, por D. Francisco Antonio Evaristo de Cabello y Mesa, Brigadier General de Caballería Ligera, condecorado con varias cruces y escudos de mérito militar y de distinción de España y Francia..., mismo lugar, imprenta y año.

<sup>12</sup> Resulta absurda la afirmación de E. García Velloso en su *Historia de la literatura argentina*, sexta edición, Buenos Aires, A. Estrada y Cía., s. a., p. 101:

Tres años después del embarco de Cabello y Mesa [1809] para la península llegaron a Buenos Aires los ecos de su fusilamiento en Andalucía. El tiro de gracia disparado a quemarropa por un afrancesado sobre el «filósofo indiferente» puso su nota trágica en la historia del ex periodista.

Absurda y fantástica ya que sabemos que Cabello era un notorio afrancesado; y por las citadas Notas de Escoiquiz, que estaba vivo en 1813.

6 r. a 13 v. y 13 v. a 18 r.), han cambiado de sitio en ITB, viniendo después y no antes del texto del drama (78 r. a 85 r. y 85 v. a 88 r.) y con variantes que no afectan a la esencia del contenido.

ITB añade con respecto a BP lo siguiente:

— Referencia (85 r) a la licencia dada por el gobernador de Valladolid para inspeccionar la Casa de la Inquisición, y a la orden a la guardia del edificio.

— Referencia (88 r. y v.) a la denuncia de Roque de Zea, teniente de cura de Páramo, de 9 de diciembre de 1728.

— Copia de la certificación de 19 de octubre de 1730 de la sentencia de relajación (88 v. a 91 r.).

— Referencia a carta de Cabello de 1 de julio de 1811 a Santiago Antonino, administrador de bienes decimales de Cuenca, pidiendo certifique lo hallado por ambos en los archivos y calabozos de la Casa de la Inquisición de Valladolid, y también a la respuesta de Antonio, de 2 de agosto (91 r. y v.).

— Referencia al edicto del Santo Oficio sobre obligación de denunciar los delitos contra la fe (91 v. y 92 r.).

— Referencia a una recapitulación de indulgencias concedidas a los empleados del Santo Oficio (92 r.).

— Referencia a una circular de la Suprema sobre fórmula de juramento de los empleados (92 r. y v.).

— Referencia a varios expedientes de limpieza de sangre de empleados (92 v.).

— Referencia a instrucción sobre funcionamiento de los tribunales (92 v.).

— Referencia a instrucción sobre denuncias, testigos, etc. (93 r.).

El hecho de existir en ITB todas las indicaciones citadas resumiendo documentos que no se copian indica que ITB es copia de un original perdido (como probablemente BP, salvo que éste sea una primera versión) que contenía, además de la obra dramática, el expediente documental reunido por Cabello en apoyo de sus tesis. ITB hubo de ser copiado, como se verá, en el escritorio de Escoiquiz, en la etapa final de la estancia de Fernando VII en Francia. En efecto, en 124 r. afirma Escoiquiz hallarse en Francia en el momento de redactar sus notas, y en 134 r. escribe: «el año de 1730, esto es, hace 83 años», lo que arroja la fecha 1813.

En lo referente al texto de *La Inquisición* seguiré BP, por la mejor calidad de su caligrafía, y por no contener más variante destacable que la citada anteriormente. Quiero dejar aquí constancia

de mi gratitud al bibliotecario de la Biblioteca de Palacio de Madrid y a la señorita Ana Vázquez, bibliotecaria del Instituto del Teatro de Barcelona, quienes me proporcionaron reproducción de los manuscritos citados.

No terminan con lo dicho las adiciones de ITB. De 94 r. a 170 r. vienen unas «Notas / al manuscrito de D. Francisco Cabello y Mesa / intitulado la Inquisición / por / D. Juan Escoiquiz, Sumiller de cortina de S. M.). Estas notas, teniendo en cuenta la diferencia ideológica que separa a su autor de Cabello, son una larga y acre censura. Escoiquiz califica de mentiras y calumnias los argumentos de Cabello, aunque se muestra respetuoso y cauto en lo que toca a los motivos y decisiones de Napoleón (no olvidemos que escribe aún en Francia); esgrime diversos argumentos sobre concilios y puntos de ideología eclesiástica; censura las lagunas de erudición jurídica, bíblica y grecolatina, y el estilo, galicismo y uso del castellano y el latín de Cabello, cuyos excesos caricaturescos condena —y con razón— y al que llama traidor a su religión y a España. Pondré un par de ejemplos del tono irónico, soez y a veces ingenioso de Escoiquiz:

Frase que da a conocer cómo posee el autor el Castellano, y que necesita todo el mercurio y la habilidad de administrador de su Señoría para sacudir el gálico que la penetra hasta los huesos (102 r. y v.).

¿Está Vm. por saber todavía que en Castellano el *ojo* no tiene *niña*? No sabe Vm. que el *ojo* en singular es una expresión equívoca, puerca, y que sólo puede adaptarse a la boca del Gobernador del Almadén. *Ojo* al Gobernador, gritarían los dependientes de aquellas minas al ver el arte con que V. S. trasformaría el azogue en plata, y de ahí le habrá quedado el vicio de *ojeear* sus escritos con tal indecencia. Guarde pues ese *ojo* que indica que V. S. no sabe donde pone su lengua (118 v.).

Sin negar los ocasionales abusos de poder en que el Santo Oficio haya podido incurrir, Escoiquiz califica el argumento del drama y el extracto del proceso de ficción literaria, citando a Ann Radcliffe como modelo (191 v.).

Por 171 r. a 173 v. sabemos que Escoiquiz recibió de Cabello el manuscrito, al que negó su aprobación, en junio de 1813. Una carta irónica de nuestro autor tuvo la virtud de exasperar al sumiller, que en venganza entretuvo sus ocios redactando el largo «Elogio de la célebre, erudita, eloquente, admirable composición intitulada *La*



*Inquisición. Drama*, y de todas las piezas que la sirven de arracadas, pronunciado en la Academia Filosófico-papillotesca-hotentota de los Papamoscas de la Isla de Xauxa, por su individuo don Estrecho Garguero», con el que termina (175 r. a 230 v.) el manuscrito ITB.

Si *La Inquisición* se acabó, como rezan la portada y la dedicatoria en 1811, podemos, teniendo en cuenta su contenido, suponer que el estímulo para su redacción lo fueron los decretos de diciembre de 1808 y agosto de 1809: por ellos quedaban suprimidos el tribunal de la Inquisición y el clero regular e incautados sus bienes, después de una reducción inicial de los monasterios a un tercio<sup>13</sup>.

La obra va precedida por dos prólogos, uno breve (2 r. a 5 v.) titulado impropriamente «Argumento», y otro extenso (6 r. a 29 r.), «El autor a los supersticiosos y preocupados». El primero se refiere a la necesidad de desterrar los prejuicios profundamente arraigados y de convencer a los españoles de la justicia de las reformas napoleónicas, así como a la conveniencia de utilizar el teatro, privilegiada escuela de formación cívica, para esos fines:

[Esas obras] servirán en fin para que los que no saben leer o no tienen proporción de instruirse por medio de buenos libros vean en el teatro la acción viva representando a los Jueces, oficiales y demás empleados del Santo Oficio como unos hombres los más corrompidos y perniciosos, cuya diabólica política era sustentada con la impostura, calumnia, mentira, falsos testimonios, y con las prácticas y artificios más malignos; como unos hombres eximios forjadores de detectables conspiraciones contra la pureza de la palabra divina escrita, contra la paz de los Estados y contra la vida de los Príncipes Soberanos, inspiradas, sostenidas y alimentadas por su moral abominable y por su horrible abuso de la administración de justicia; como unos hombres que se elevaron sobre los Párrocos y Obispos, sobre todos los Tribunales Eclesiásticos y Civiles, sobre los Emperadores y Reyes y hasta sobre los mismos Pontífices Romanos y la Iglesia universal, a virtud de espantosos e increíbles Privilegios; como unos hombres que vajo el afrentoso y tirá-

<sup>13</sup> J. Mercader Riba, *José Bonaparte, rey de España*, Madrid, CSIC, 1971, pp. 88-90 y 120-126; del mismo, *José Bonaparte...*, 1983, cit. nota 9, pp. 455-482; *Prontuario de las Leyes y Decretos...* cit. en nota 9, vol. I, DD. de 27-IV, 18-V, 18-VIII, 21-VIII, 5-IX, 6-IX, 27-IX, 4-X, 11-X, 29-XI y 29-XII-1809; vol. II, DD. 20-III, 6-VI, 31-X-1810, 6-IX y 8-XI-1809 y 28-V-1810; vol. III, DD. 16-I, 23-I, 20-II, 24-VII, 22-X y 3-XII-1811. Pp. vol. I, 167-168, 182-183, 303-305, 313-314, 314-315, 334-336, 337-339, 356-357, 357-358, 359-360, 360-361, 366-367, 437-438, 472-473; vol. II, 50-52, 162-165, 249-251, 316-317, 320-323, 331; vol. III, 67-68, 75-76, 83-85, 144-145, 212-213, 213-215, 241-242, 242-243.

nico yugo de sus violencias hicieron gemir en todos los países a la humanidad igualmente que a las ciencias y artes [...]; como unos hombres, en fin, poseídos de una codicia insaciable de amontonar riquezas por muchos medios ilícitos contrarios al decoro, a la equidad, a la honra y a la virtud (3 v. 4 v.).

El segundo prólogo relata un viaje del autor desde Madrid a El Ferrol, con una obligada etapa en Valladolid, aprovechada para recorrer la ciudad e inspeccionar la sede y archivo de la Inquisición<sup>14</sup>. Cabello y Mesa comenta la decadencia de la ciudad y el estado de ruina de la mayoría de sus edificios, excluidos los de uso eclesiástico y municipal, y la supersticiosa devoción de los vallisoletanos hacia la Virgen del Carmen. Una y otra cosa son, en su opinión, el resultado del secular poder teocrático bajo el que ha gemido la ciudad<sup>15</sup>. En su visita a la casa inquisitorial recorre los insalubres calabozos, la sala de juicios y la de tortura (donde encuentra los instrumentos limpios y en buen estado, síntomas de su continuado uso hasta el presente) y el archivo, donde, tras repasar diversos procesos, le llama la atención uno: el de Josefa de la Peña y Pedro de

<sup>14</sup> En folios 7 r. y v. podemos leer lo siguiente:

Fue el caso que, habiendo yo salido de esta corte el día 12 de abril de 1809, con el objeto de pasar a los Puertos de la Coruña y Ferrol, donde debía tomar órdenes de Su Excelencia el Señor Capitán General de la Real Marina Don José Mazarredo, en virtud de una importante comisión que el Rey nuestro señor se dignó conferirme, y no pudiendo pasar de las plazas de Astorga y de León porque convino entonces que las tropas Imperiales evacuaran el Reyno de Galicia y parte del Principado de Asturias, retrocediendo a Valladolid, y hasta que S. M. C. resolviese de mi persona según fuese de su soberano real agrado, rogué al señor Gobernador general de la Provincia, Dufres, tubiese la bondad de otorgarme un permiso para reconocer la casa de la Inquisición...

Los datos que da Cabello y Mesa parecen referirse a un viaje real. Mazarredo fue enviado a Galicia en 1809 para restablecer la línea marítima de La Coruña a América. Tuvo que detenerse en Benavente y Valladolid, donde estaba en marzo-abril, al no estar el itinerario en poder militar francés, y volvió a Madrid en julio sin haber cumplido su misión. Véase Mercader Riba, *op. cit.*, pp. 180-181, 183-184.

<sup>15</sup> Testimonios de viajeros de fines del siglo XVIII y principios del XIX sobre la decadencia de la ciudad, datos sobre la elevada proporción de mendigos y pobres, sobre sermones, procesiones y cofradías y sobre la abrumadora presencia de lo religioso en el urbanismo vallisoletano de la época, en los capítulos L. M. Enciso Recio («La Valladolid ilustrada», pp. 15-156) y T. Egido («La religiosidad colectiva de los vallisoletanos», pp. 157-260), del colectivo *Valladolid en el siglo XVIII*, Valladolid, Ateneo, 1984; especialmente pp. 15-16, 33, 154-156, 160-168, 202-210, 221-227.

Porras, quemados en la ciudad en septiembre de 1730. Un extracto de la causa nos informa de que la mujer, natural de Osuna, huérfana y reducida a la pobreza por haberse perdido el patrimonio familiar durante la Guerra de Sucesión, se traslada a la casa de un familiar castellano con cuyo hijo contrae matrimonio. Este ha de emplearse en una hacienda lejana, por lo cual sólo puede pasar junto a su esposa la noche del sábado y mañana del domingo de cada semana. El teniente de cura del lugar se prenda de ella, aprovecha las ausencias del marido para visitarla e intenta violarla. Al ser rechazado la denuncia como judaizante, por supuesta observancia del sábado (vestir mejores ropas y poner sábanas y mantel limpio), y por leer la Biblia sin permiso. Durante la prisión intenta violarla a su vez el fiscal del tribunal inquisitorial.

En apoyo de la verosimilitud de la historia, inserta el autor un extracto de la *Cornelia Bororquia*, edición de 1802, y un romance sobre ésta<sup>16</sup>; y termina con ironías sobre el culto a las reliquias, denuncia de los procedimientos judiciales de la Inquisición, y un elogio de Napoleón.

Cabello y Mesa se inspiró en un hecho real. Sabemos que el reinado de Felipe V presencia una reactivación de la persecución de los supuestos judaizantes, y que la Inquisición de Valladolid funcionó con energía en el tercer decenio del siglo XVIII. Los nombres mismos de las dos víctimas son rigurosamente históricos, como se desprende del *Diario* de Ventura Pérez:

*Auto general de fe.* Año de 1730, día 24 de Setiembre, hubo auto general de fe en San Pablo. Quemaron a Pedro de Porras y a María Josefa de la Peña, su mujer; hubo una encorazada por casada dos veces, y al otro día la dieron doscientos azotes, aunque no la dieron más que amagarla, por merced del señor marqués de Revilla, alguacil mayor del santo tribunal, que iba allí por ser muy compasivo, y más con una mujer<sup>17</sup>.

<sup>16</sup> *Cornelia Bororquia o La víctima de la Inquisición*, ed. G. Dufour, Alicante, Instituto Juan Gil Albert, 1987. Lo transcrito por Cabello y Mesa corresponde al interrogatorio de carta XXXII, pp. 169-172, ed. cit. El romance, culto, es bien distinto del recogido por Dufour en pp. 208 y ss. Sobre la vida tradicional de los pliegos de cordel sobre la *Cornelia*, véase Menéndez Pelayo, *Heterodoxos*, vol. VI, Madrid, CSIC, 1963, p. 30.

<sup>17</sup> Véase J. A. Llorente, *Historia crítica de la Inquisición en España*, Madrid, Hipérior, 1980, vol. IV, cap. 40, pp. 49-61; T. Egido, «La religiosidad colectiva de los vallisoletanos», cit. p. 230; Ventura Pérez, *Diario de Valladolid*, Valladolid, Imprenta Hijos de Rodríguez, 1885, vol. I, p. 105, facs. edición T. Egido, Valladolid, Caja Ahorros Provincial, 1983.

Vemos, por lo tanto, que no son sólo personajes de la historia real Pedro y Josefa, sino que el Conde de la obra está inspirado en el humanitario marqués de Revilla.

El argumento de *La Inquisición* ya ha sido expuesto en síntesis. Los personajes son los siguientes: el fiscal del tribunal, capuchino; tres inquisidores y nueve calificadores (dominico, franciscano, benedictino, paulista, basilio, agustino, jerónimo, mercedario y trinitario); el Conde, alguacil mayor de la Inquisición; Josefa y Pedro, los procesados; un anciano magistrado, preso; el corregidor de Valladolid; el alcaide de la cárcel inquisitorial; un aspirante a familiar, un médico, un escribano y un abogado; el ayudante del alcaide, dos dominicos, tres aldeanos, alguaciles, el verdugo, pueblo y soldados. La obra está escrita en prosa. No hay indicios determinantes relativos a la Unidad de Tiempo, aunque nada impide que se cumpla en un sentido amplio, como ocurre con la de Lugar. El acto I transcurre en la cárcel inquisitorial; el II, en la sala del tribunal, y el III hasta la escena tercera, en la sala de tortura. Hasta aquí, pues, todo sucede en el interior del edificio de la Inquisición. Las escenas cuarta a séptima del acto III tienen lugar en una calle de Valladolid, y las siguientes en la Corredera de San Pablo o Campo Grande.

El propósito declarado del autor es escribir un alegato didáctico y propagandístico, y todo en *La Inquisición* está orientado hacia ese fin. Los personajes se dividen en buenos y malos, y es frecuente en los primeros la adopción de un estilo razonador, discursivo y hasta forense, junto a las más extremas expansiones sentimentales. Comienza con un diálogo entre el Conde, alguacil mayor de la Inquisición, y el alcaide. Ambos se sienten avergonzados de sus cargos; al primero le ha sido otorgado como un honor y una prerrogativa; para el segundo no es más que un medio de subsistencia.

La primera escena transcurre en la cárcel. La enumeración por el alcaide de los supuestos delitos de los presos sirve para que el Conde ridiculice la superstición y la ignorancia que condenan actitudes propias de seres racionales, tales como no practicar la abstinencia cuaresmal, negar las indulgencias o la excomunión, ridiculizar las reliquias o censurar la existencia del clero regular. Citaré un breve fragmento sobre el culto a los santos, que parece recuerdo del proceso de Olavide<sup>18</sup>:

<sup>18</sup> M. Defourneaux, *Pablo de Olavide ou l'Afrancesado*, París: P. U. F., 1959, pp. 328, 333 y 352, anota que el desprecio del culto a los santos fue uno de los argumentos de la acusación contra Olavide.

*Alcaide*.—En el número siete está un gran personaje de la América del Sur, natural de Lima, a quien acusan de que en el pequeño aposento donde se pone el orinal etcétera, encontraron un cuadro de Santa Rosa.

*Conde*.—¿Y solamente por eso le siguen causa de fee?

La atmósfera de complicidad entre los dos interlocutores permite al conde no sólo negar la existencia de culpa en los presos, sino afirmar que el clero secular debe casarse, que el regular ha de ser extinguido, que la autoridad del Rey es superior en lo temporal a la del Papa, y ponderar la filantropía de los francmasones:

Pero en el siglo de las luces... en el tiempo en que cada ciudadano empezó a conocer sus derechos, se empezó también a promover en cortes del reyno la justa y sabia instancia de su [de los regulares] total estinción, o al menos de su reforma [...] Los Frayles, Monjas y Clérigos cásense, y así serán útiles al cielo y a la tierra, porque los obispos, presbíteros y diáconos no son mandados por la Ley de Dios prometer el estado del celibato o abstenerse del matrimonio [...] Los Pontífices de Roma imaginan pertenecerles una despótica autoridad sobre las coronas y cetros de todo el universo [...] de forma que poco a poco se van abrogando un poderío tal que, a no contenerlos con la fuerza de las armas, llegará el terrible día de que se proclamen soberanos absolutos de lo temporal y espiritual... (I, 1, 34 v.-35 v.).

En I, 4, el Conde conoce a Josefa y decide salvarla. En II, 2, durante la ceremonia de confirmación de un aspirante a familiar, murmura en diversos apartes contra el secreto de los procedimientos judiciales de la Inquisición, las exigencias de limpieza de sangre o la prepotencia e impunidad de los miembros del Santo Oficio:

¡Puede darse un más fiero despotismo! He aquí que, siendo un hombre individuo de la Inquisición, puede ya impunemente matar a su Rey o a su padre, ser infiel a la patria, ladrón, esturprador, sacrílego, etcétera, etcétera. ¡Qué maldad!... ¡Qué barbarie!... ¡Qué afrenta para los Príncipes Soberanos! (65 r. y v.).

En II, 4, el conde, tras haber presenciado el interrogatorio de la acusada y la orden de someterla a tortura, protesta indignado contra el uso de un procedimiento «que no tiene ya uso en los tribunales de las Naciones cultas» (82 v.) y desenvaina la espada para impedirlo. Es apresado, pero en III, 9, se fuga de la cárcel,

con ayuda del alcaide, y se amotina con sus criados armados para impedir la ejecución de Josefa y Pedro. No tiene éxito porque sus hombres lo abandonan.

El Conde representa el tipo de noble progresista que, en una sociedad en la que aún siguen vigentes las estructuras del Antiguo Régimen, debe asumir su misión natural —de acuerdo con el pensamiento de Cabello y Mesa— de agente motor del cambio político, abrazando el partido josefino. En el trazado del personaje hay todo un diagnóstico sociológico que evita trasplantar ciegamente a España los esquemas de la situación revolucionaria francesa. El protagonismo que adquiere este miembro de la nobleza en *La Inquisición* brilla por su ausencia en personajes burgueses o populares. Los primeros no existen como tales en la obra. En cuanto a los segundos, tengamos presente que el alcaide no toma ninguna iniciativa hasta que se ve obligado, en el último momento, a liberar al Conde; que los aldeanos, en III, 6, manifiestan compasión hacia las víctimas, desprecio hacia la sentencia y rencor hacia inquisidores y frailes, pero permanecen pasivos; y que los criados del Conde lo abandonan. Para Cabello y Mesa, las clases no nobiliarias españolas, si verían con agrado un cambio político, son incapaces de promoverlo directamente, e incluso de defenderlo si no se ven fuertemente apoyadas por las clases dirigentes y por el propio Estado.

El Corregidor, en III, 4, se manifiesta contrario a los abusos del tribunal inquisitorial, que le ha solicitado cadalso y guardia aun antes de dictar sentencia, pero es incapaz de otra cosa que la obediencia a la legalidad establecida. Un cambio legislativo le permitiría ponerse de acuerdo con su conciencia, pero no puede evadirse de las obligaciones que le impone su condición de funcionario. Carece, como representante de su casta, de iniciativa para la reforma.

El contenido ideológico de la obra no se limita a los actos y parlamentos del Conde. La protagonista, Josefa, está muy lejos de ser una víctima pasiva. Razona y arguye con pasión y con argumentos en favor de la educación de la mujer, sobre puntos de Sagrada Escritura y en favor de su traducción a las lenguas vulgares (II, 3), y, al asumir su propia defensa, se convierte en acusador del tribunal con convicción y tenacidad y sin retroceder ante las mayores denuncias e injurias. Su marido, Pedro, personaje más borroso, pronuncia en III, 3, un discurso pidiendo la extinción del tribunal, lo mismo que el Conde en la escena final.

La presentación de frailes e inquisidores está cargada de tintes

sombrios, como era de esperar. Aparecen los primeros en III, 6, refiriéndose inhumana y ferozmente a la ejecución y amenazando al pueblo que murmura contra ella.

Los inquisidores son víctimas de la ironía del alcaide en I, 1:

Es muy de notarse, y aun caso de gran risa, que quando el señor Fiscal u otro individuo del Tribunal viene a conjurarlas [a las brujas] o a confesar algún preso, sucede el que, temiendo que se me puedan haber pegado algunas partículas diablescas por el continuo roze que tengo con todos, me aspergea con agua bendita antes de hablarme y desde la mayor distancia que él puede. Después que me ha puesto el vestido echo una sopa con más de doscientos hisopazos, se va acercando a mí con un miedo cerval y me pone al cuello un manojo de escapularios, rosarios de Jerusalén y libritos de evangelios (37 v.-38 r.).

El mismo personaje los denuncia por abusar sexualmente de las presas jóvenes, y relata el intento de violación de Josefa por parte del fiscal del tribunal; todo ello en I, 1.

En II, 1, el tribunal coincide en desconfiar del Conde porque ha viajado por países europeos, y del alcaide por su humanidad con los presos. El fiscal es naturalmente el antihéroe privilegiado. Ya sabemos por el relato del alcaide que es un miembro indigno de la Iglesia, sujeto a los peores vicios y pasiones, a los que subordina los privilegios de su ministerio. Sucesivos apartes van a ir precisando su personalidad:

Padezca... sí... muera [Josefa], pues despreció mi cariño, muera... (II, 4, 81 r.)

Sufra... padezca... muera, pues despreció mi cariño. (III, 1, 87 v.)

Aunque fue desairado mi cariño por esta hermosa joven, y aunque estube también muy próximo a perder la alta reputación y gran concepto que tengo, no sólo en el Santo Oficio sino en esta ciudad de Valladolid y toda la Castilla, me compadece su suerte infausta; pero viva yo con crédito de sabio y santo y muera ella, y hasta mi padre y mi madre. (III, 3, 97 v.)  
Abrásate, sí, abrástate, hermosa ingrata, pues despreciaste mi pasión amorosa (al ser arrojado a las llamas el cadáver de Josefa, III, 10, 112 v.).

Y cuando en III, 9, la llegada del Conde y sus hombres amenaza impedir la ejecución, el propio fiscal sube al cadalso y agarrota a Josefa, diciendo al verdugo:

Da tú garrote a ese hombre, que yo se lo daré a esta muger, por cuya santísima obra alcanzamos tres años de indulgencia y remisión de todos nuestros pecados. Pronto... pronto, antes que el Populacho nos lo impida (110 r).

Característico de la época y de este tipo de teatro es la definición de los personajes por la presencia o ausencia de un rasgo psíquico que se considera indudable indicio de entidad moral: la «sensibilidad». Los personajes negativos carecen de ella, es decir, de humanidad, de sentimientos, de emociones filantrópicas, de capacidad de compasión; son egoístas, obstinados e inflexibles. Los personajes positivos, en cambio, se ven agitados por toda clase de transportes que no pueden dejar de exteriorizar. Así el Conde; cuando en I, 1, el alcaide le ha relatado la historia de un anciano magistrado y su larga e injusta prisión, con frases entrecortadas ruega a su interlocutor que le permita consolarlo. Dice la acotación que da paso a la escena 2:

Abre el Alcayde el calabozo, entra en él y vuelve a salir conduciendo al preso por la mano. El Conde corre a su encuentro, lo abraza, suspira y llora sin desasirse de él (45 r.).

Ello no impide, con todo, que Conde y magistrado se enzarcen en una eruditísima conversación acerca del ostracismo en la antigua Grecia, con referencias a Hiparco, Solón, Temístocles, Cimón, Alcibiades, Milciades, Pericles, Foción, Polibio, Cornelio Nepote, Plutarco... reflejando la gran presencia que tuvo la antigüedad clásica en las letras y en las conductas durante la Revolución Francesa. El coloquio entre ambos, y con él la escena 2, terminan con esta acotación:

El preso y el Conde se abrazan y besan tiernamente. Aquél va a su destino, vuelve el Alcayde, abre la puerta de la prisión y entra en ella su Ayudante (50 v.).

En I, 4, 52 v., el Conde llora enternecido ante las palabras de petición de auxilio de Josefa. Sus palabras y sus actitudes se tiñen de patetismo cada vez que lo poseen la compasión o la indignación.

El alcaide da igualmente numerosas muestras de sensibilidad («No puedo dejar de interesarme en su favor ni de verter muy copiosas y tiernas lágrimas siempre que estoy en su presencia mientras come y se hace la limpieza del calabozo», confiesa en I, 1, 31 r. —se refiere al magistrado citado antes). Y, por supuesto, el perso-



naje privilegiado desde este punto de vista, Josefa, cuya elocuencia está teñida de extravíos emocionales para mejor impresionar al espectador:

No... No... No os dejaré [al Conde]... Nadie osará desasirme de vuestro brazo... Sí... de vuestro brazo protector de la inocencia. Fieros... fieros monstruosos... hipócritas... Aquí me tenéis ya... Sí... Aquí tenéis la víctima... La víctima más pura e inocente de quantas sin número habéis sacrificado (II, 3, 68 r. y v.).

Perverso... perverso seductor [al fiscal]... véngate impunemente... Sí... Véngate... pero espera... Espera pronto que Dios me venga a mí (III, 1, 87 v.).

Atormentadme más, saciaos de mi sangre, divertíos con verme padecer, o acabad con mi vida, sí, con esta vida... con la vida de esta infeliz muger que tanto aborrecéis (III, 2, 91 r.).

Hombre ingrato... [a su marido, que ha confirmado las acusaciones al no poder soportar la tortura]. Hombre cruel... Hombre injusto... ¿Por qué me calumnias, di, por qué? ¡Ah! Llorad, llorad, ojos míos, a vista de esta traición... sí... llorad a vista de mi estremada desdicha. Corred... corred, fuentes de lágrimas, sobre mi rostro... bañad y regad mis mejillas. Suspirad... suspirad, corazón mío, oprimíos de tristeza y acompañad a los amargos llantos y vivos sentimientos que produce mi dolor... (III, 2, 92 r.).

En II, 4, 81 r.-82 r., las acotaciones indican que la acusada debe dirigirse fuera de sí hacia el tribunal, arrojarse a los pies del Conde y finalmente desmayarse.

La escenografía está igualmente calculada para producir un fuerte impacto en el espectador. Al subir el telón en el acto tercero nos encontramos frente al subterráneo que sirve de sala de tortura, con la correspondiente parafernalia, crucifijo, sayones enlutados y luz de vela; una mutación, en la escena octava del mismo, nos ofrece el espectáculo del quemadero. Todo el acto I transcurre en una cárcel, y el II en la sala del tribunal de la Inquisición. No hay indicaciones escenográficas en el primer caso, sí en el segundo (57 r. y v.). Es obvio que la puesta en escena de *La Inquisición* podía, sin gran esfuerzo ni dispendio, convertirse en un espectáculo totalmente *gótico*, concebido para convencer al espectador de la necesidad de una profunda reforma en España, sustentada en una ideología que defiende la libertad religiosa, el regalismo y la modificación del sistema judicial, que condena los excesos y supersticiones de la religiosidad tra-

dicional sin llegar al ateísmo (son muy significativas a este respecto las últimas palabras de los dos condenados), y que considera que, en una situación no revolucionaria como la española, todo ello ha de proceder de la iniciativa de una nueva monarquía apoyada por la fracción ilustrada de las clases rectoras.